

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 13 DE JUNIO DE 1901

NÚM. 551

ARTISTAS DE ZARZUELA



DOLORES PLA

CHARLA



El espíritu de asociación adquiere, día por día, mayor incremento.

Y toma proporciones muy alarmantes.

Díganlo, si no, los últimos sucesos de la Coruña.

Los gremios asociados se *asociaron* todos, y, unidos como una piña, trataron de reventar al prójimo.

Y todo ¿por qué?

Por un simple empleado en consumos que lo dejó cesante la empresa.

Ante tal hecho *incalificable*, no hubo más remedio que protestar enérgicamente.

Y los albañiles no trabajaron, los zapateros colgaron los *tirapieses* y se comieron el cerote de rabia; los panaderos no hicieron pan, las fuentes públicas no dieron agua... y no quitaron el aire que se respiraba, porque no hallaron el registro los señores asociados.

Total: que las torpezas de una sociedad, de una empresa, de un fabricante ó de un gobernador, tiene que pagarlas el pueblo honrado y pacífico, que aguanta, á la fuerza, los desaciertos de los demás.

Pero no es esto sólo.

La cuestión del empleado de consumos de la Coruña, ha costado sangre, quizá vertida por los mismos inocentes que sufrían la molestia de verse hasta sin pan y sin agua.

De modo que el espíritu de asociación por un lado y nuestros gobernantes por otro, están poniendo al pueblo en disposición de *asociarse* también; y entonces... Entonces puede que no haya pan; pero habrá *carne*.

* *

La reina de Italia ha dado á luz una niña muy hermosa, según *Il Secolo*.

Pues me alegro mucho, y desde aquí envío mi más sencilla enhorabuena á los augustos padres de la nueva *vástaga*.

La reina, dice el mismo periódico que ha estado felicísima y que continúa bien.

Pero el rey se encuentra algo contrariado, porque esperaba un infante, que, andando el tiempo, heredase el trono de Italia.

¿Ven ustedes? Hasta los reyes tienen sus amargorcillos de boca.

¡Qué demonio, hombre, qué demonio!

En fin: estas cosas tienen su arreglo con el tiempo... y ¡quién sabe! Dentro de un año, á más tardar, puede obsequiarle el cielo con lo que desea.

La cuestión es que haya *salud*.

* *

Y va de reyes y de partos *majestuosos*.

El Czar de Rusia... no está embarazado. ¡Tengan ustedes calma!

Su augusta esposa sí.

Pero aquí se trata de que tanto uno como otro esperan un *rusito*, y al no concedérselo la divina Providencia, tendrán un regio disgusto.

Ya están preparándose las fiestas, para caso de que acierte una gitana que les llevaron de Granada.

La pobre mujer parece que les echó las cartas, y salió *la espada*, afirmando que una mujer morena *tentría un chavaliyo con un hombre de buen color*.

La palabra *chavaliyo* corre de boca en boca por toda la Rusia, y no hay súbdito fiel que no lo espere con los brazos abiertos.

Ahora sólo falta que se haya equivocado la gitana, y en vez de *chavaliyo* salga una *chavaliya*. Entonces se aguarán las fiestas, y ¡adiós, gitana!

A ésta parece que la tienen encerrada en una torre hasta que llegue el día del alumbramiento. ¡Infeliz gitana!

Desde las columnas de LA SAETA le mando un cariñoso saludo, y al propio tiempo hago fervientes votos por la suerte de toda la Rusia, pendiente en estos momentos del poder de la magia negra.

¡Qué decepción y qué disgusto para los padres si no aciertan las cartas!

En cambio, ya me parece ver el tumulto de rusos grandes y rusos chicos en la anchurosa plaza de palacio, cuando esperen la fausta nueva.

Ya veo abrirse con ímpetu el balcón del piso principal (sin entresuelo). Ya sale el médico de cabecera. ¡Jesús, qué hombre tan grande! Y ¡qué barbas tan largas!...

La expectación es general.

Ya va á abrir la boca... Ya la abre y grita:

—¡¡¡Chavaliyoff!!!

El contento entonces es general y hasta la gitana baila en la torre seguidillas manchegas.
Amén.

*
**

De lo ocurrido en Barcelona con la monja fugada, no les digo nada.

¿Para qué?

Todos ustedes saben tan bien como yo los diferentes detalles del suceso.

Que se descolgó desde el coro, agarrándose á la cuerda de una lámpara.

Que la lámpara se subió al techo y la monja medio se esclafó en el suelo.

Que los sacristanes corrieron detrás de ella, haciendo la señal de la cruz.

Que la pobre mujer se hizo la mar de cardenales.

Que la llevaron al hospital; que no quiere volver al convento; que la familia no se mete en líos...

Total: lo que todos ustedes saben.

Ya se me alcanza que ignoran algo, y este algo es lo que yo no les puedo decir sin comprometer un secreto.

Y, además, que yo tampoco sé una palabra.

Ahora bien. Se dice, y hasta se asegura, que la monja tiene su corazoncito como cada *quisque*.

¿Tendría algo de particular que estuviera enamorada?

A mi leal saber y entender, no.

¿Que quiere casarse?

Pues, hombre, que se case; que en el pecado llevará la penitencia.

Y si se trata de otra cosa, que lo averigüe Vargas; que ni á mí ni á ustedes nos importa.

Fuera chismes.

*
**

Esta semana no tengo otros asuntos en cartera.

Y, no habiendo otros asuntos de que tratar, se levanta la sesión.

JOAQUÍN ARQUES.



—¡Flores!... ¡Siempre flores!... Y joyas... ¡nunca joyas! Tendré que despedirlo.



—¿Que no monto? ¡A que sí!



—Ya estoy encima, sin agarrarme al manillar.



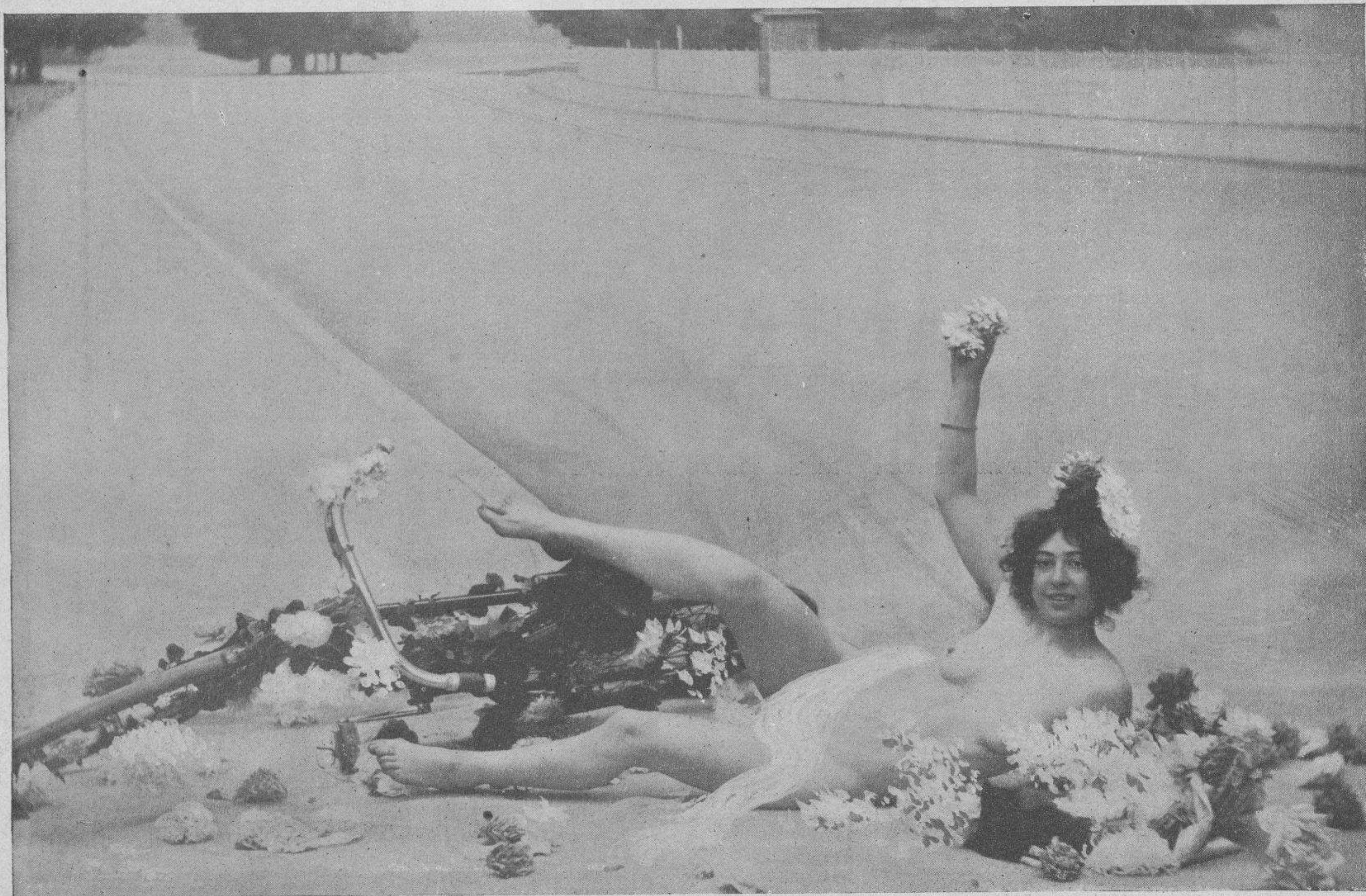
—¿Les gusto á ustedes de lado?



—¿No? Pues cambio de postura y sigo dándole al pedal.



—Esta es la postura más difícil.



—Y ésta la más corriente.

DELIRIO

¡Dame la guitarra! Cantaré una copla
de esas que del alma el sufrimiento expresan,
de esas que, al cantarlas, las pasiones todas
se funden en ellas.

¡Dame la guitarra! Que, al oír sus notas,
quizá se disipen mis penas inmensas;
quizá á sus sonidos resucite mi alma
para el placer muerta.

Yo quiero cantarte tal como te veo
en lo nebuloso de mi borrachera;
yo quiero que olvides todas mis caricias
y que oigas mis penas.

Yo quiero que el labio que juró mil veces
no olvidarte nunca, á jurarlo vuelva,
y quiero que veas que quien te amó siempre,
aun no te desprecia.

¡Yo quiero cantarte!... En tropel alegre
surgen los recuerdos de cosas risueñas,
y acarician mi alma cual la errante brisa
á las flores besa.

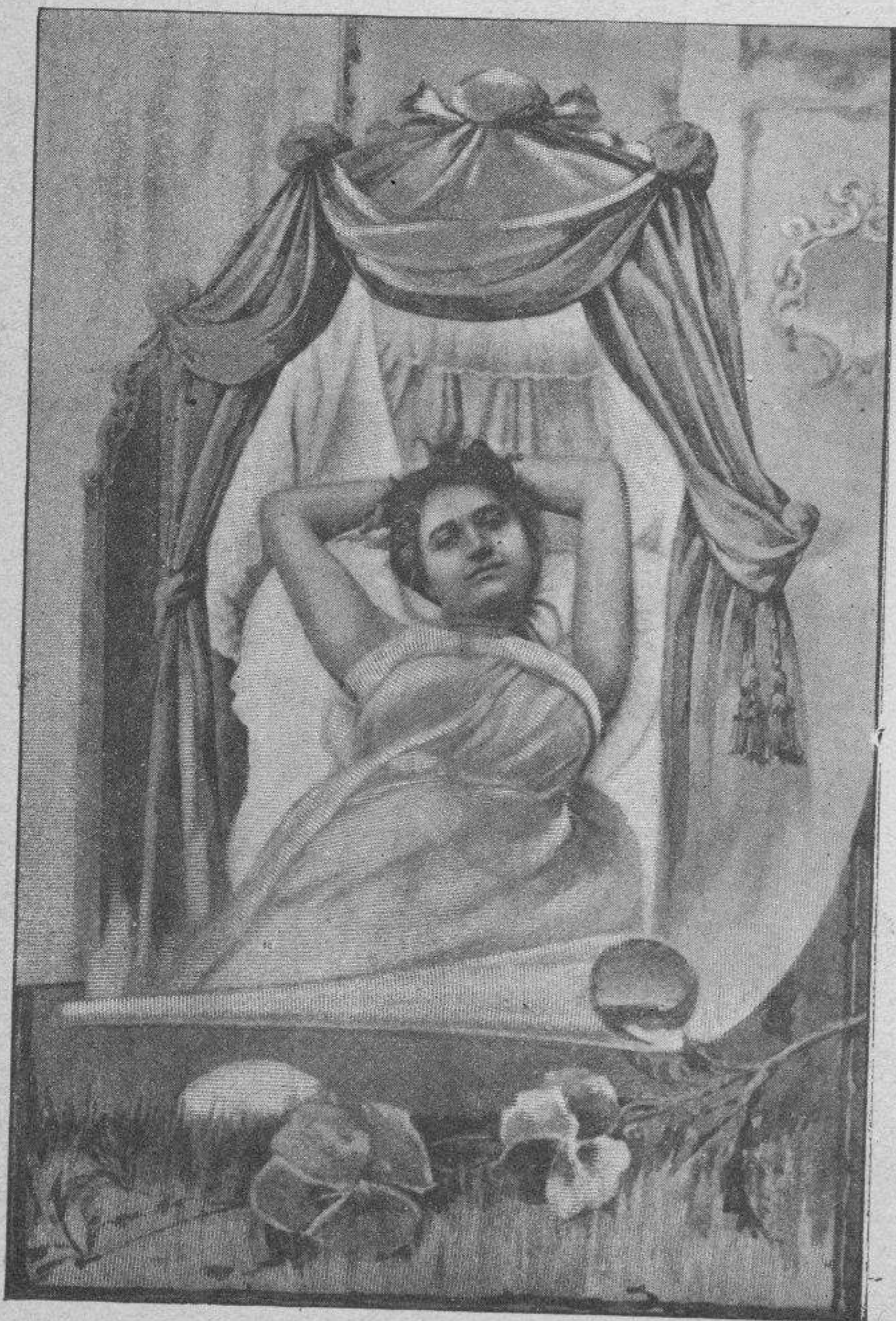
Hoy veo tus labios mucho más hermosos
que cuando promesas de amores me hicieran;
hoy veo tus ojos más negros que entonces...
¡Hoy te hallo más bella!

¡Dame la guitarra!... Mi loca alegría
de salvaje espasmo en risas se trueca...
¡Hoy olvido todo lo que me has jurado!...
¡Todas tus promesas!

Y me acuerdo sólo de aquellas caricias
que me prodigabas amorosa y tierna,
¡y de aquel cariño de vibrantes ansias
y de amantes penas!

SANTIAGO A. NARRO.

UN PECADO CAPITALÍSIMO



LA PEREZA

CAÑITAS

A MI AMIGO ENRIQUE DE ANDRÉS

I

¿Sabe usted por qué la quiero?
Porque la he visto una tarde
que rezaba muy cerquita
de la tumba de mi madre.

II

Siempre que lloras lo sé,
á pesar de que lo niegas.
Tus ojillos me son fieles
y en seguida me lo cuentan.

III

Tengo celos del canario
que á la ventanita sacas
por la mañana temprano.

IV

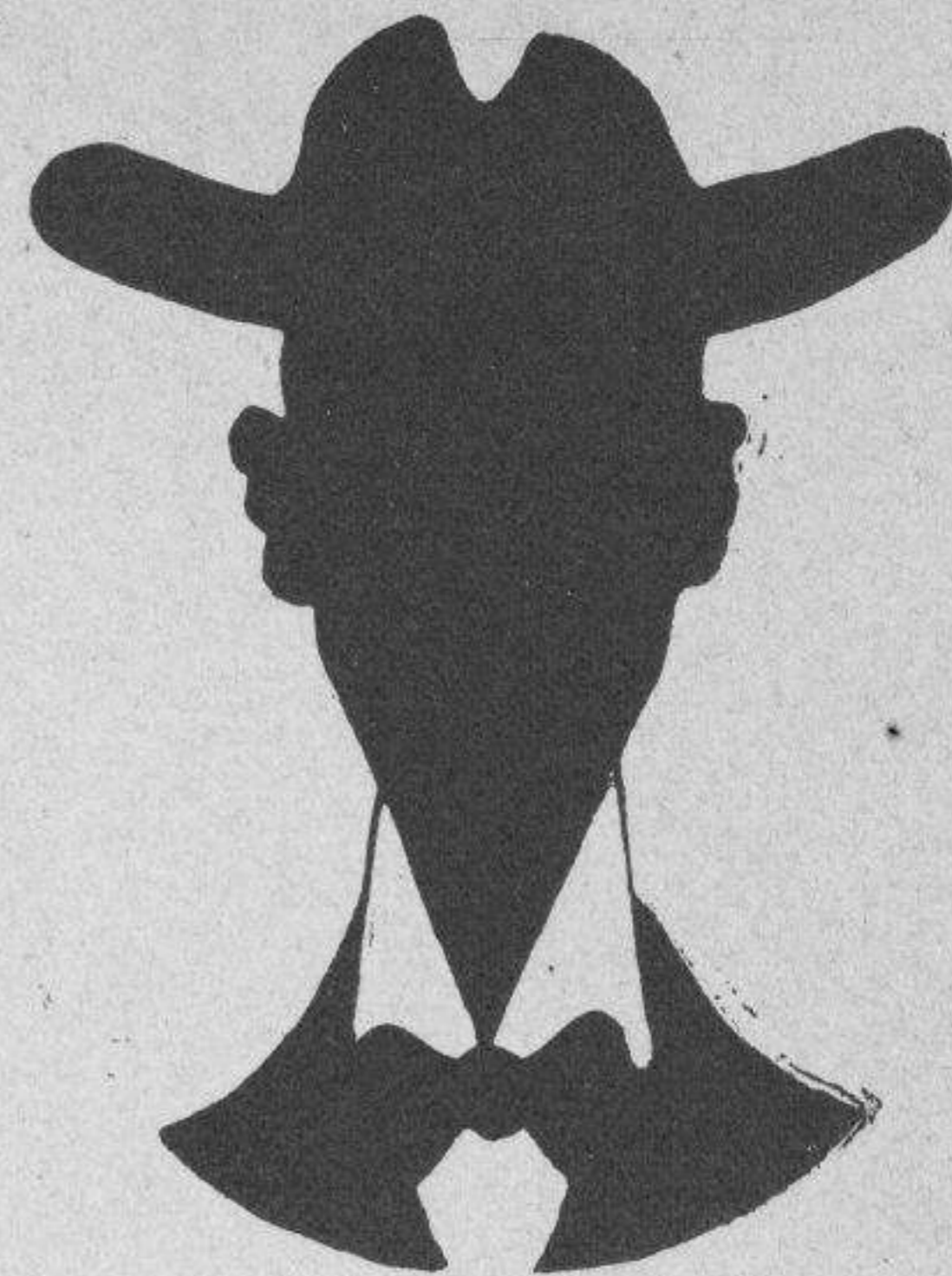
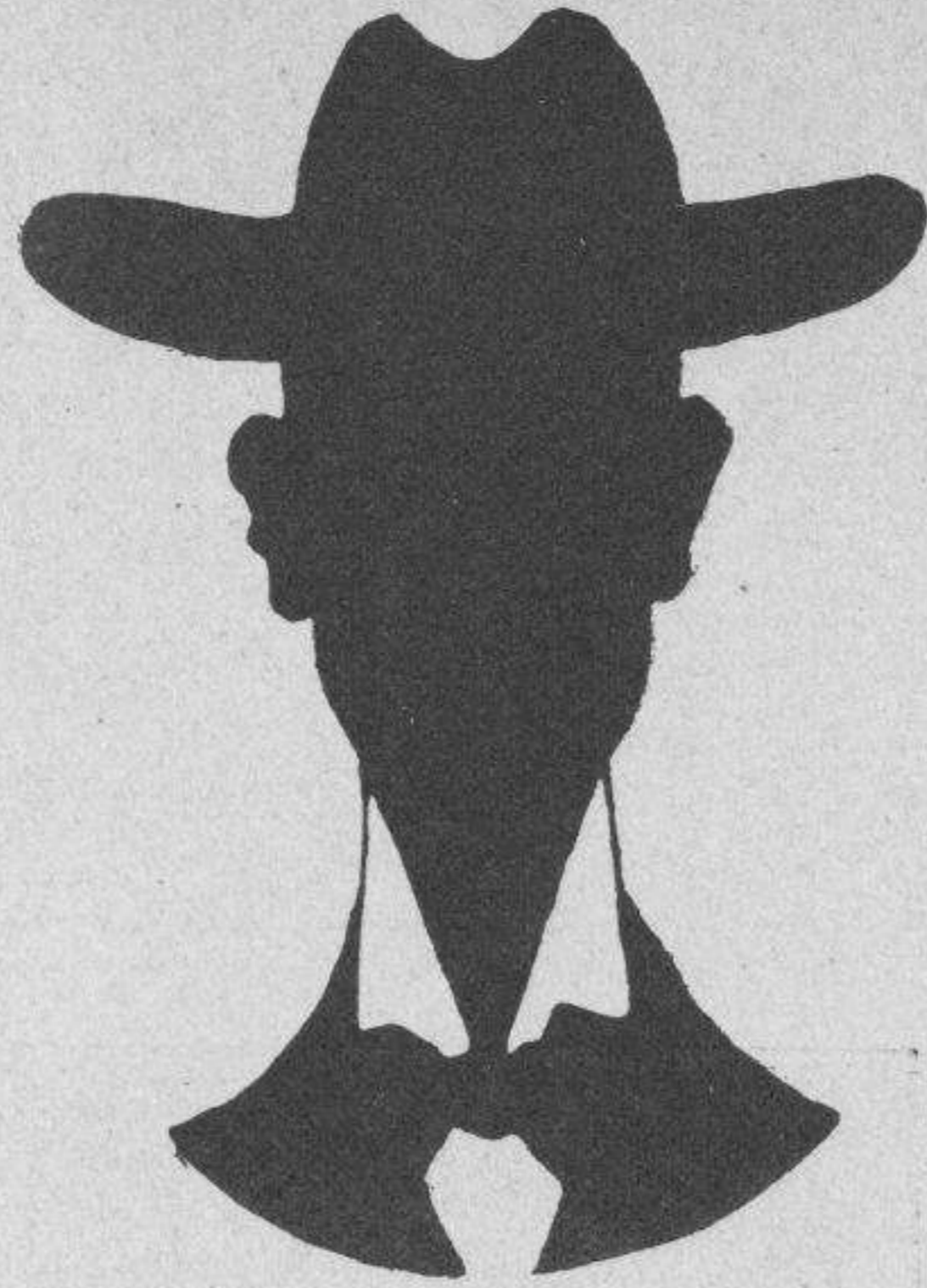
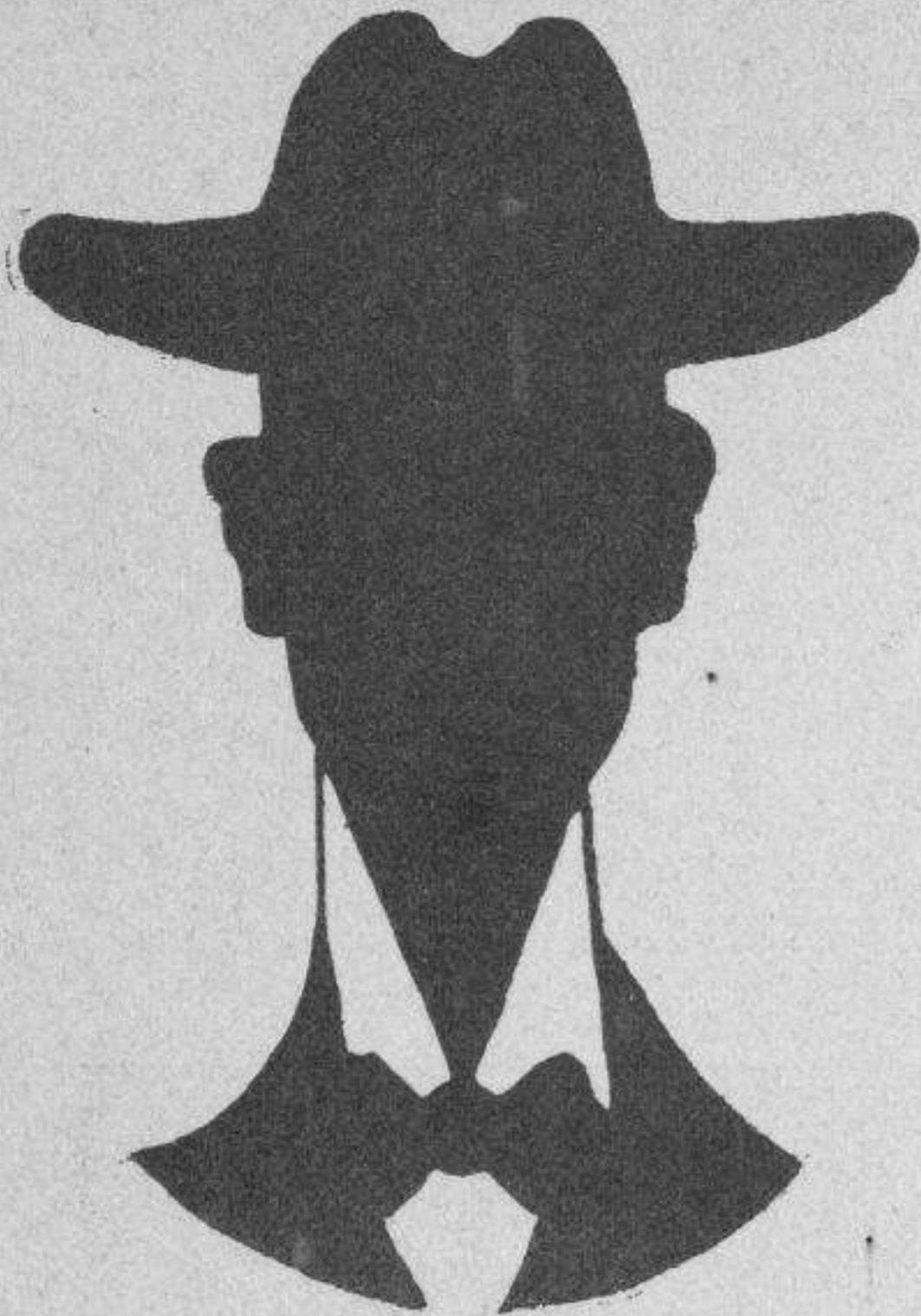
En el árbol del olvido
hojas verdes nunca veo.
Que todas las han secado
la ingratitud de los celos.

V

No me echas nunca la culpa
de si algún día te olvido.
Pues mi madrecita dice
que la robas mi cariño.

ANTONIO MARTÍN-GAMERO.

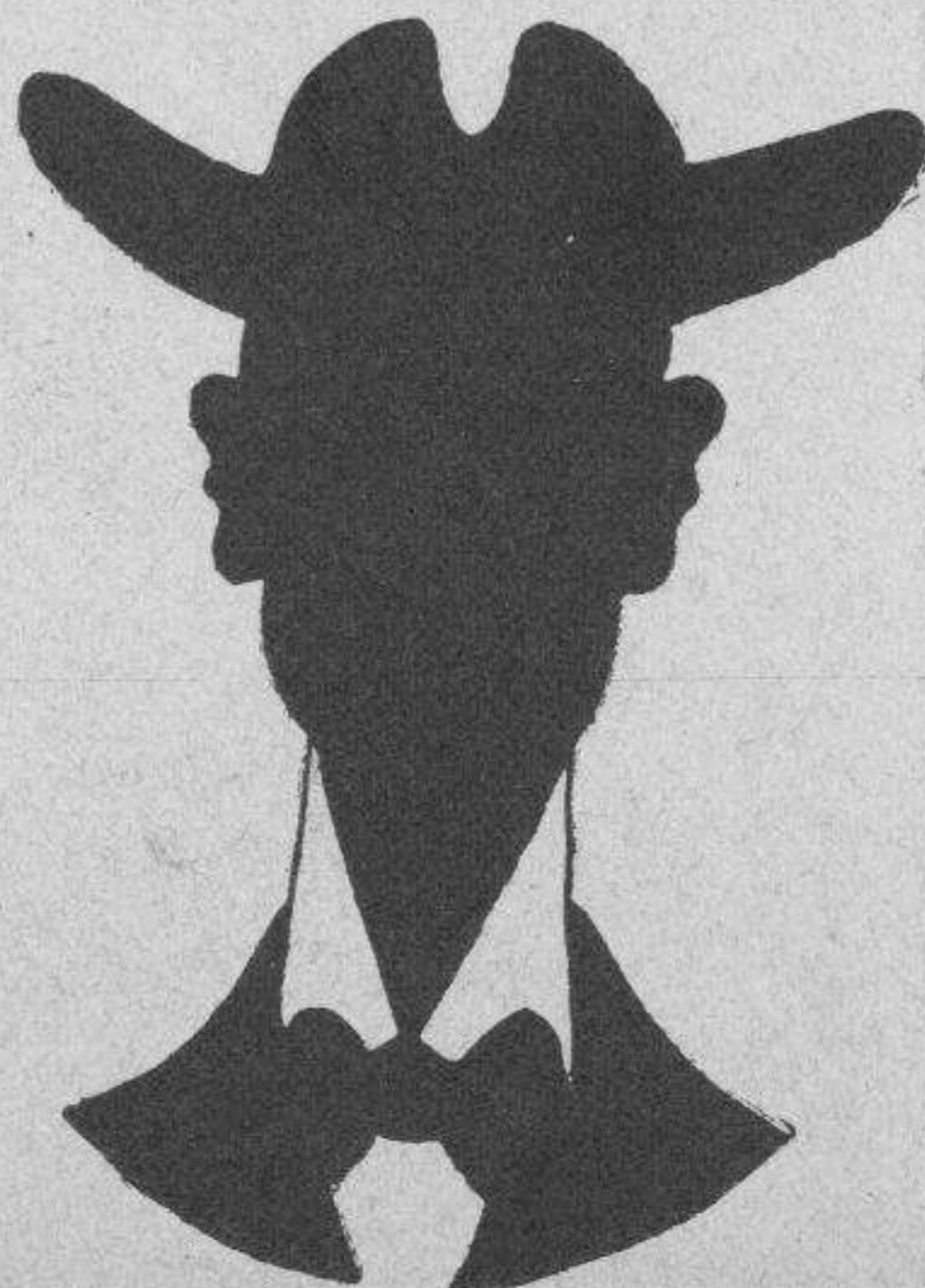
Cambio, en verdad, muy humano,—de un sombrero de verano. (*Historieta, por Márquez*)



Por fin, mañana me caso.—¡Qué luna de miel me espera!...

¡Es un ángel mi mujer!— ¡Que hermosísima, qué Luena!

A los dos meses: ¡Caramba!— ¡Si será verdad que ella...?



A los tres: Ayer estuvo— más roja que una cereza.
M.E.C.D. 2016

¡Ya reriego de mi estampa— y maldigo mi existencial!

Hoy, no hay duda. Yo lo he visto.— ¡Mi señora me la pega!

LA PROMESA

I

EMPEZABA el otoño.

El viento arrastraba, en su armoniosa carrera, las amarillas hojas de los plátanos que rodeaban la quinta, en cuya verja aparecía con grandes letras doradas este rótulo:

VILLA-JULIA

A lo lejos, el silbido de una locomotora se percibía cada vez con menos intensidad, mientras las gruesas gotas de la lluvia se estrellaaban al chocar con los cristales, dejando limpio de polvo el surco de aquellas improvisadas lágrimas de diamantes líquidos. Un aire helado se filtraba por las junturas del maderamen.

Dentro de la habitación, el resplandor de las

llamas que en la chimenea ardían, iluminaba de rojo los ricos muebles entre tapices y alfombras colocados.

Los cristales triangulares, pendientes de la araña colgada del techo artesonado, descomponían los últimos rayos solares en los siete colores del espectro.

La leña seguía chisporroteando delante de dos jóvenes que, sentados en la alfombra, se entretenían en leer las cartas que de un grueso paquete sacaban, y, después de satisfecha su curiosidad, arrojaban al fuego, que recibía los papeles prolongando las llamas en longitud y altura.

II.

Morena, alta, esbelta; sin ser una hermosura ni mucho menos, la gracia de su cuerpecillo ideal encantaba al hombre más exigente. Aquellos ojos negros, grandes, de africana, decían cuanto puede una casada sin faltar á la moderna educación.

Su nariz correcta y un poco prolongada era señal de fiereza indomable de carácter, y aquellas blancas manos de finos dedos ligeramente sonrosados por las uñas, mostraban cierto origen aristocrático, imprimiendo en Julita un sello especial de distinción y grandeza.

— ¡Ya llevamos quemados tres meses, Julito!

El interpelado asintió con un ligero movimiento de cabeza.

— ¡Mira, mira lo que me escribías! «... y si supiera que al fin conseguiría tu cariño, la empresa más arriesgada me parecería sencilla... ¿Cómo no subir, cuando se tienen por alas el amor y el deseo de conquistar un ángel como Julita?»

— ¡Qué romanticismo, mujer! ¡Quema pronto esas cartas, hermosa mía! ¡No sabes lo combustibles que son las frases cursis!...

— ¡Qué lástima! — exclamó la joven, arrojando al fuego



Para el que busque placeres propios de un alma sencilla,

nada como enamorarse de esta inocente chiquilla.

aquella gran serie de promesas.

Durante breves instantes, un montón de cartas sirvieron de alimento á las llamas, que las convertían en pavesas... Algunas subían velozmente por el cañón de la chimenea, con grave riesgo de prender el hollín acumulado desde el invierno anterior.

—¡Esta sí que es bonita! ¡Esta sí que me gusta!—gritó Julia, palmoteando como una niña á quien dan la muñeca prometida.—Mira este párrafo. Escucha: «Para que más tarde, cuando seas la señora de Salcedo, cogiéndote yo por esa cinturita de muñeca, te levante, para después dejarte caer en mis brazos, y acercando mis labios á los tuyos de grana, nos bebamos el alma en sus bordes de púrpura...» Y no lo has hecho, niño; no lo has hecho...

—¡Pero, Julia, no seas tonta!

—Di: ¿por qué no lo has hecho?

III

—¡Ay, mamá, por Dios! ¡Yo soy muy desgraciada.

—¡Pero, hija, no te pongas así!

—¿Cómo quieres que me ponga?

—Esa es una niñada, y menos mal que tu marido tiene buen carácter... porque, si no...

—Entonces ¿á qué me lo ofrecía? ¿Para qué repetirlo tantas veces en sus cartas?

—¡Mira por dónde viene! Cambia de conversación.

—¡Díselo, mamá, díselo! ¡Por la Virgencita del Carmen, se lo vas á decir, rica, salada! Di, mamáita: ¿se lo dirás?

.....

—Y ¿no es más que eso, señora?

—Nada más, hijo.

—Pues doy mi palabra de cumplir sus deseos.

IV

—«Cogiéndote yo por esa cinturita de muñeca...»



Para el que busque placeres y amores de esos que matan, no tiene que andar más lejos si lo quiere esta muchacha.

—Sigue accionando, niño, sigue.

—«... te levanto...»

—¡Así, querido, así!

—«... para después dejarte caer en mis brazos...»

—¡Ya he caído!

—«... y acercando mis labios á los tuyos de grana...»

—¡Más fuerte, mi vida!

—«... nos bebamos el alma en sus bordes de púrpura.»

Y el chasquido de un beso resonó en la estancia, donde el lujo y el *confort* se hallaban reunidos, mientras allá fuera gruesas gotas se estrellaban en los cristales y un aire helado se filtraba por la juntura de las maderas...

E. PELÁEZ MASPÓNS.

DE LA TIERRA

Porque siempre has sido buena,
muchos murmuran de ti;
pero no les hagas caso...
Sigue dando qué decir

No cambiaba mis pesares
por todas tus alegrías;
que mis lágrimas consuelan
y tus risas son fingidas.

Por el odio que me tienen
tus ingratos ojos negros,
he venido á comprender
lo mucho que yo te quiero.

¡Penyas que me acosáis
con terrible ensañamiento!
Es tan profundo el tormento

con que me martirizáis
que ya casi no lo siento.

Desengáñate: no vayas
diciendo á todos tus penas,
que nunca conseguirás
hallar uno que las crea.

Anda, niña, con cuidado
y mi querer no desprecies;
mira que no ha de faltar
quién, sin saberlo, me vengue.

Para que fuera dichosa
con aquel por quien sufría,
yo le fingí atorrecerla...
Ya ves tú si la querría.

¡Por qué no me moriría
cuando se murió mi *mare!*
Que de de entonces no tengo
quién alivie mis pesares...

Tienes negrísimo *er* pelo;
son negrísimos tus ojos,
y tu corazón... ¡qué negro!

Hay guitarras destempladas
y hay guitarras que jalean,
y hay guitarras cuyas notas
son más tristes que la pena.

Bendiga Dios los cantares
que se estilan en mi tierra,
que, á pesar de ser muy tristes,
nuestras *peniyas* alegran.

ENRIQUE LÓPEZ MORENO.

JUGAR CON FUEGO

Se amaban con tal furia y tal exceso
Inés y Nicanor,
que acordaron sus bocas darse un beso
para calmar su amor.

Y, por no echarse en cara acciones locas,
pensó el rubor de Inés
colocar un cristal entre sus bocas
y besarse á través.

Su boca al vidrio, en amoroso encanto,
aplicó cada cual;
pero apretaron tanto... tanto... tanto...
que se rompió el cristal.

Y hoy saben, sin que nadie se lo diga
Inés y Nicanor,
que no hay trampa en el mundo que consiga
burlar los arrebatos del amor.

RAMÓN L. MONTENEGRO.



¿Es chico ó chica?

EPIGRAMAS ⁽¹⁾

Al anunciar que «se venden
y compran libros usados»,
no sé, librereros osados,
cómo el comercio comprenden.
Con ese letrero abusan
de la fe pública, sí;
pues los que venden allí
son los que menos *se usan*.

Dijo una chula muy lista
á un letrado mozalbete:
para tener buen bufete,
hay que tener mucha *vista*.

Se ha dedicado á ejercer
la profesión de aeronauta
el hijo de un noble, y éste
dice que al hijo no habla
mientras que siga ejerciendo
una profesión tan *baja*.

—Calavera, jugador,
vicioso desenfrenado.
—Hombre tan desgobernado
¿quién es? —El gobernador.

JOSÉ M.^a SOLÍS Y MONTORO.

(1) De la «Colección epigramática».

Miscelánea

A NUESTROS LECTORES

Llamamos la atención de nuestros ilustrados lectores, á fin de que fijen su atención en el presente número, que es un verdadero extraordinario en grabados.

Al presentar esta mejora, no nos guía otro interés que el de complacer á nuestros muchos favorecedores, prometiendo continuar del mismo modo, dando la amabilidad y variación tan necesarias en estas publicaciones.

En nuestro afán de complacer al público, no omitimos gastos para adquirir ilustraciones de los mejores artistas y trabajos literarios de los más ingeniosos escritores españoles.

COCINA CÓMICA

Embutido fuerte

Con tornillos, alcayatas, balines, plumas de acero, piedras de lumbre, pestillos y perdigones zorreros, sin más aceite ni lumbre, vas preparando el relleno. Después, con mucho cuidado y sin lisiarte los dedos, dentro de una cañería de plomo, ó mejor de hierro, vas metiendo el picadillo, si es que lo tienes dispuesto. Luego cortas á rodajas el embutido que has hecho, y Dios te dé buenos dientes si es que tratas de comerlo.

J. A.

DENTADURA. Siempre sana, siempre limpia, siempre perfumada, con el *Licor del Polo de Orive*, el mejor, más agradable y mas barato dentífrico. 6 reales frasco.

Un músico disputa con un comerciante. Este, furioso, da un bofetón á su adversario, y le dice:

—¡Tome usted *nota* de esto!

El músico responde con otra bofetada, y exclama:

—¡*Asiente* usted esto en sus libros!

Entra una señora en un vagón en el que hay siete viajeros con el cigarro en la boca.

Al ponerse el tren en marcha, la viajera pregunta:

—¿Les incomoda á ustedes que yo no fume?

—Veamos, señora,—dice un abogado á cierta viuda que le encomienda un pleito;—dígame usted algo referente á su vida anterior.

—Pues, verá usted, caballero: mi historia es sencillísima. Mi primero fué la felicidad de mi vida; mi segundo fué la bondad misma; mi tercero. .

—Usted dispense,—dijo el abogado;—pero debo advertirla que me está haciendo una charada.

—¿A usted le desagrada el mundo, la sociedad, barón?

—¿A mí? Todo lo contrario.

—Entonces, ¿por qué recibe usted tan pocas veces á sus amigos?

—Yo le diré á usted. Me gusta recibir á mis amigos; lo que me desagrada es que, para recibirlos, tengo que quedarme en casa.

Gedeón recibe una bofetada.

—¿Por qué no la devuelves?—le pregunta un amigo.

—¡Qué tonto eres! ¿No ves que me daría otra, y luego yo otra, y no acabaríamos nunca?

—¿Cómo es eso, querido duque? Me dicen que tiene usted ochenta años. ¡No le echaría yo cincuenta!

—Y yo tampoco los recogería, marquesa; así, en vez de ochenta, tendría ¡ciento treinta!

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Lidia, La Caza Ilustrada, Arte y Letras, y Heraldo Taurino.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

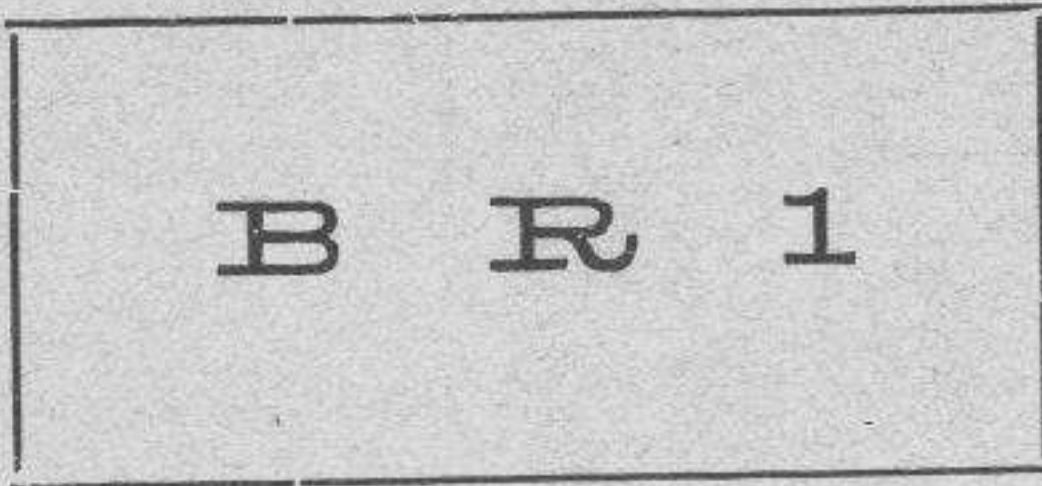
Tarjeta

JOAQUIN SEÑOREL

Combínense las letras de esta tarjeta de modo que resulte el título de una zarzuela en un acto.

JOSÉ VALLÉS SAREDO.

Jeroglífico comprimido



JUAN TALLADA.

Taxis

```

★ * * * *
* ★ * * *
* * ★ * *
* * * ★ *
* * * * ★
* * * * *
    
```

Substituir las estrellitas por letras, de modo que en la línea oblicua de las estrellitas más negras se lea el apellido de un afamado pintor antiguo, y en las horizontales lo siguiente: 1.^a línea, nombre de mujer; 2.^a, animal; 3.^a, parte del cuerpo; 4.^a, movimiento del mar; 5.^a, instrumento músico; y 6.^a, provincia de España.

JOSÉ MONTÓ SERRANO.

J. C.—*Madrid*.—No está mal el artículo; pero no ha llegado a tiempo y ha pasado la actualidad.

Tu Apasionada.—Muy largos y muy tontos y muy malos. Así, clarito.

F. M. J.—*Játiba*.—Sus «Puntos suspensivos» son una majadería.

LAS GRANDES CANTIDADES de Agua de Colonia de Orive que se gastan en España, se explican por su superioridad incomparable y su baratura sin igual y por las facilidades de su adquisición. Por 8'50 ptas 2 litros; 16 ptas. 4 litros; se manda franca a domicilio pidiéndola a Barcelona, Vicente Ferrer, y J. Unach y C.^a; Madrid, G. García; o mejor a Bilbao, su autor, remesando su importe.

L. D.—*Valencia*.—Como siga usted mandando versos, le vamos a escribir a su papa para que le dé dos azotes en el... acto que lo coja escribiendo.

J. A. y A.—Lo siento, pero... ¡dicen tan poco sus versos!

J. B. M.—Sus «Desahogos primaverales» me parecen muchos desahogos.

A. M. G.—Se publicará algo, no todo. Siento no poder complacerle en lo que me pide... Apenas tengo tiempo para escribir lo mío.

R. de V. y M.—*Cádiz*.—Sus versos no me han gustado, ni con acompañamiento de «El Clarinete».

Elena.—Hija de mi alma... pero ¡qué empalagosa estás con tu esposo! Déjalo tranquilo, que bastante trabajo tiene con que te dediques a las «Fugas».

REUMA. Se alivia siempre a la 1.^a untura y se cura siempre con el *Bálsamo antirreumático de Orive*. 2 pesetas frasco; farmacias. Exigirlo de color verdoso.

F. C. H.—Los versos, ó tienen que ser muy buenos ó no sirven. Los de usted no son buenos; luego... aquí del silogismo.

J. S.—*Villanueva*.—Es algo *latosa* la composición.

J. J. D.—«El barbero de la cuarta» me ha resultado un quinto. No sirve.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
 Año. 11 ,
 Extranjero y Ultramar, un año. 17 ,
 Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17 —Barcelona

Soluciones á lo insertado en el núm. 550

FUGA DE CONSONANTES:

Cuando contemplo una niña,
 grita mi alma con tristeza:
 Lástima que tal capullo
 en rosa, al fin, se convierta.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Anteceder.
 TARJETA LOGOGRÁFICA.—Republicano.

ACRÓSTICO:

```

V O L G A
T A M E S I S
A N N O B O N
    A N A
S P A R T I V E N T O
    E R I D A N O
        D I A N A
            O S O
    
```

Correspondencia

E. M. H.—*Madrid*.—Sus «Casualidades» no tienen nada de particular. Desde la segunda cuartilla se adivina el desenlace.



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

La pobre madre comprendió entonces que nada más debía esperar del hombre á quien todo lo había sacrificado y á quien amaba todavía.

Poco á poco fué enfriándose el cariño que parecía sentir por la joven, hasta que, finalmente, llegó un día en que resolvió concluir de una vez.

Carmen había apreciado, llena de amargura, el cambio tan radical que se había verificado en su amante. Conocía que se aflojaban de tal manera los vínculos de su cariño, que estaban á punto de quebrarse, y, temerosa de que este momento llegara, apenas si se atrevía á tener una completa explicación.

Un día, después que ya habían pasado otros dos sin ver á Gosálvez, recibió una carta de éste.

Conoció la letra, y durante algunos segundos estuvo dando vueltas entre sus temblorosas manos á la carta, sin atreverse á abrirla.

Por fin, se resolvió.

Rompió el sobre, y leyó la carta, que decía así:

«Carmen: Tú sabes, tan perfectamente como yo, que todo en este mundo tiene su término.

»Nuestra unión, hija de un instante de delirio por mi parte y de olvido por la tuya, tenía forzosamente que concluir como otras muchas de este género.

»Sin embargo, como no puedo ni debo, al separarme de ti, dejarte en completo abandono, en poder de mi amigo Calzada, el banquero á quien ya conoces, dejo á tu disposición la cantidad de quince mil pesetas, con las cuales puedes formarte una dote mediante la cual es fácil encuentres algún hombre que te dé su mano.

»Eres hermosa, y, no siendo pobre, no han de faltarte hombres que, pasando un velo sobre tu desliz, quieran casarse contigo.

»Si, como no dudo, encuentras uno de éstos, yo me alegraré que seas muy dichosa.

»Cuando recibas ésta, habré ya salido de Madrid y pasaré mucho tiempo fuera de España.

»Si vuelvo algún día, tendré una verdadera satisfacción sabiendo que eres feliz.

»Luis Gosálvez »

Apenas hubo concluido de leer esta horrible carta, la joven lanzó un grito y cayó al suelo perdido el conocimiento.

Así la encontró la doncella que la servía, y se apresuró á hacerla volver en sí.

IV

¡Pobre madre!

Carmen creyó morir de dolor.

Pero era madre, y comprendió que tenía el deber de conservarse para su hija.

Sólo entonces pudo apreciar la desgracia que sobre ella pesaba.

Sin embargo, sacando, como vulgarmente se dice, fuerzas de su misma flaqueza, trató de rehacerse, y resuelta á no hacer uso de la cantidad que su miserable amante la ofrecía, se apresuró á vender el mobiliario de la casa que ocupaba, á despedir la criada, y se retiró con su hija, que ya contaba á la sazón año y medio, á una habitación modesta, y empezó á buscar trabajo.

Transcurrieron los años, y la pobre Carmen, consagrada exclusivamente á su hija, no dió paso alguno para saber del infame que la abandonara, ni éste tal vez volvió á acordarse de ella.

Cuando supo Gosálvez que la joven no había hecho uso del dinero que dejó para ella en casa del banquero, se contentó con encogerse de hombros, murmurando:

—Eso será que me ha encontrado algún sustituto. Mejor para ella y... y para mí, que me encuentro con una suma que creía perdida.

Una noche, salía Gosálvez de casa de la condesa de Peña-Dal-Vert, meditando respecto á los medios que emplearía para seducir á aquella mujer que tanto estaba llamando la atención en Madrid, cuando de repente percibió un acento acongojado, voz salpicada de lágrimas, reveladora elocuente del verdadero dolor, que decía:

—¡Una limosna, caballero! ¡Mi pobre hija se está muriendo y carezco de todo recurso.

Gosálvez miró sorprendido á aquella mujer.

Y casi maquinalmente tendió la mano, cogió la de la infeliz madre y la hizo dar algunos pasos hasta el farol que había á corta distancia.

Iluminados sus rostros por la luz que aquél despedía, dos exclamaciones brotaron de sus labios:

—¡Carmen!—exclamó Gosálvez.

(Concluirá.)

EL DIABLO COJUELO.



LA SAEFA



UNA PARTIDA DE CAZA

(CONTINUACIÓN)

—¿Una aventura?

—Sí, señor; y que pudo haber tenido consecuencias muy desagradables. Figúrese usted que nos encontramos el mismo día de nuestra llegada con que nos robaron todo el dinero que llevábamos, y como consecuencia de esto, en la misma fonda donde nos robaron, tuvieron valor para echarnos á la calle.

—Pero ¿no dieron ustedes parte?

—Si no sabíamos á quién acusar, y lo primero que teníamos que hacer era buscar algún albergue y, sobre todo, algo que comer, porque hacía tiempo que no habíamos tomado alimento alguno. ¡Ya le aseguro á usted que fueron unas cuantas horas divertidas!

—Lo creo, amigo mío, lo creo. Y ¿cómo pudieron ustedes solucionar aquel conflicto?

—La Providencia, querido Daniel, la Providencia, bajo la forma de Belamí, ese honrado mozo del molino á quien usted conoce ya, se nos presentó cuando menos lo podíamos esperar.

—¿Conque Belamí...?

—Sí, querido Daniel. Después de haber pasado una noche de angustia y de hambre en una casa donde nos recibieron por compasión; después de haber recurrido en vano Magdalena á la persona á quien iba á ver para que le facilitase la cantidad que necesitaba; después de haber ido yo también en busca de un antiguo amigo; cuando no sabíamos á quién dirigirnos ni de quién esperar, me encontré casualmente con Belamí, que había llegado á París dos días después que nosotros, que se enteró de nuestra situación y nos entregó todos sus ahorros.

—¡Noble corazón!

—¡Y tanto! ¡No lo sabe usted bien! Así pudimos regresar á nuestro pueblo, y así pudieron Magdalena y su marido conservar la granja y criar y educar á esa hermosa Antonieta.

La conversación del sacerdote y Daniel se prolongó el resto de la noche, en medio de aquella encantadora soledad, mientras á lo lejos se percibía el rumor de la algazara que reinaba en el castillo.

A la madrugada, el sacerdote significó á Daniel que había llegado el momento de separarse, pues debía dirigirse á su casa para cumplir las funciones de su ministerio.

Daniel quiso acompañarle, y poco después salían del parque por una puertecilla que daba al campo.

VII

Propósitos criminales

Mientras el sacerdote y Daniel van recorriendo la distancia que separaba el castillo de la iglesia, veamos qué hacían y qué pensaban el alguacil Mouflet y su acólito Dardouillet.

Durante algún tiempo permaneció acurrucado bajo la barca el amanuense para librarse de los proyectiles que le enviaba Javelle.

Por fin se levantó poco á poco para asegurarse de que sus enemigos habían abandonado el estanque, y viéndolo el terreno despejado, abordó cerca del corchete, que, sentado en el mismo sitio, trató de explicarse el por qué se encontraba sobre la arena. Pero poco á poco recuperó la memoria, recordó lo que había pasado, y al mismo tiempo sintió el deseo de vengarse.

Digamos de paso que el baño había disipado su embriaguez.

—Primeramente, mi querido Dardouillet,—le dijo á su amanuense,—pensemos en nuestro asunto principal, y al mismo tiempo pasaremos revista al señor Gay, con quien tengo una cuenta pendiente.

—Pero ¿por qué diablos habéis querido ahogar á *Parpaillet*?

—¡Dardouillet, eres muy niño! Ese perro, lo mismo olfatea á un hombre, que á una perdiz, y ya sabes que la vivienda de ese maldito guardabosque está contigua á la del padre Cretú, en la cual tenemos que operar esta noche. Pensé, pues, que como tenemos que abrir las puertas y registrar por todos lados, el perro ladrará y meterá tanto ruido, que Gay se despertará, y entonces ¡adiós nuestro nido de escudos! No tendremos ni aun el tiempo necesario de llegar al suspirado saco.

—Vamos, patrón, la verdad: confesad que estabais ebrio y que la cólera os ha hecho obrar de distinto modo que si no lo hubierais estado.

—¡Dardouillet, amigo mío, traspasáis los límites del respeto! Pero id y sacad de mis alforjas la botella forrada de mimbre y traédmela; pues un trago de aguardiente reanimará nuestro espíritu. Ya sabéis dónde até mi cabalgadura.

Dardouillet había desaparecido prontamente, no tanto para ejecutar la orden que acababa de recibir, sino para evitar una discusión sobre su valor, en la que no le permitía intervenir la modestia.